



**CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES**

Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Administrador de la REVISTA DEL TURIA **D. Adolfo Cebreiro**, Teruel.  
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubierta

## CRÓNICA.

Nada de más interes en las presentes circunstancias que lo que se refiere á los famosos planes del Sr. Camacho; por lo que reproducimos á continuación el excelente artículo que publica nuestro ilustrado colega *El Dia*:

### EL PLAN DE HACIENDA.

Hasta hoy, por el sigilo con que se confeccionaron y por la rapidez con que fueron votados, no se han podido juzgar en conjunto los planes del Señor Camacho; hoy ya es posible, y forzoso es reconocer que la opinion pública falla desfavorablemente.

El Sr. Camacho se hallaba en una posicion excepcional.

El presupuesto continuaba saldándose con déficit: pero eso procedia únicamente de la amortizacion de las deudas especiales, y todo el mundo—inclusos los tenedores de estas deudas—descaba ya que la amortizacion desapareciera. Nada más fácil de efectuar que una reforma pedida por todo el mundo.

El ministro de Hacienda, por esta sóla operacion, podia realizar una economía de más de 100 millones de pesetas, y por primera vez quizás desde los tiempos del marqués de la Ensenada, presentar un presupuesto saldado con verdadero sobrante.

Veamos cómo ha desaprovechado la ocasion el Sr. Comacho.

∴

Era preciso ante todo repartir la obra

en diferentes períodos, pues harto embrollada era para que se pudiera acometer toda de una vez; y en tales casos, el éxito no se alcanza sino por la calma y el método.

En el primer período, no cabía hacer más que suprimir la amortización por completo. La amortización—así lo han probado de modo palpable los Estados-Unidos—no puede revestir sino una forma, *la compra en Bolsa por el gobierno de sus títulos, realizada con sobrantes efectivos; y, cuando se ha recogido bastante papel y el crédito nacional ha subido, la conversión á tipo más bajo de interés con la alternativa del reembolso.*

Era preciso, en segundo lugar, no solamente no aumentar los gastos de ningún departamento ministerial, sino disminuir considerablemente los de algunos.

Era preciso no aumentar los impuestos.

Era preciso, en una palabra, simplificar en todo y por todo.

El Sr. Camacho ha preferido mantener la amortización, cuando no ha de haber recursos para ello; aumentar los gastos de todos los ministerios; cambiar la base de varios impuestos importantes, provocando con esta última medida una agitación sin ejemplo.

Ha complicado en vez de simplificar; y en vez de asegurar un sobrante, ha preparado el déficit.

Si hubiera sido prudente y hecho lo que acabamos de indicar, al momento llegábamos á una posición desahogada, y empezada la segunda época

Entonces desaparecía por completo el descuento sobre los sueldos. Es obligatorio pagarlos íntegros, y si censuramos el que se haya hecho desde luego, en parte, no lo hacemos sino plenamente convencidos de que es imprescindible para España perder la costumbre del déficit.

En este período se debía realizar lo que *El Día* viene pidiendo constantemente: la transformación del presupuesto EN SUS TENDENCIAS. Hoy sirve para mantener multitud, siempre creciente, de empleados inútiles; nosotros sostenemos debe tender á multiplicar las escuelas, los caminos, los ferro-carriles, las comunicaciones de toda clase, porque la facilidad de los trasportes es EL RASGO CULMINANTE DEL PROGRESO EN EL SIGLO XIX Y LA NECESIDAD SUPREMA; porque España está relativamente más atrasada en esto que en cosa alguna, hasta el punto de necesitar invertir en carreteras solo (pues los caminos de hierro luego se harían inevitablemente), 5.000 millones de pesetas; y porque mientras no se ponga, EN ESTO, al nivel de otras naciones, será siempre pequeña, pobre y despreciada.

En este período se hubiera podido, reinando el contentamiento en los ánimos, regularizar los gastos de todos los departamentos ministeriales; pues es un hecho notorio que—áun sin suponer malversaciones—el simple desorden de TODA LA ADMINISTRACION, hace que cada cosa cueste más de lo que debiera, y es un hecho que con el gasto actual metodizado, con el examen de cuentas activado,—¡hoy las últimas presentadas son las del año 1867-68!—podía Guerra tener muchos más cañones, fusiles y soldados, Marina muchos más y mejores barcos, GASTANDO EL MISMO NÚMERO DE MILLONES!!

Este era el momento de abordar la unificación de la totalidad de la Deuda, y resistir con éxito las exajeraciones de los acreedores.

Cuando los gobiernos de Francia é Inglaterra decidieron intervenir en Egipto, reconocidamente en provecho de los tenedores franceses é ingleses de la deuda pública de dicho país, se sentaron estos tres principios:

1.º Ante todo, no oprimir al pueblo egipcio, á los *fellaheen*, con contri-

buciones excesivas, aliviarles de una carga que les abrumaba.

2.º Proveer lo necesario para sufragar el gasto de la administración del país.

3.º Atribuir *el sobrante, y sólo el sobrante*, al pago de los intereses de la deuda.

Y esto que hicieron los comisionados franceses é ingleses, apoyados por toda la fuerza de sus gobiernos, contra un gobierno débil, en beneficio de un pueblo extraño, en perjuicio de sus propios compatriotas y representados, ¿no debía haberlo hecho un gobierno español, hablando en nombre de los oprimidos, de los extenuados contribuyentes nacionales?

Indudablemente, fuertes con poder mostrar el primer presupuesto liquidado sin déficit, hubiéramos obtenido el necesario consentimiento de los acreedores á un arreglo basado sobre el pago del 1,50 del antiguo 3 por 100, en lugar del 1,75 que se ha concedido ahora.

Es una cosa bien probada que el buen pagador consigue mejores condiciones que el dudoso; el que menos necesita dinero se lo proporciona con mayor facilidad; y acepta un acreedor mas reposadamente 1 1/2 de uno que pagará con exactitud, que 1 3/4 del que no sabe si será exacto.

Esa diferencia entre 1 3/4 y 1 1/2 representa al año muchos millones, que es necesario arrancar al contribuyente expirante.

Hubiera venido una tercera época en la cual, afirmada la tranquilidad interior por el éxito obtenido, éxito que todo el mundo—ricos y pobres—hubiera notado en el bolsillo, se podían abordar las medidas trascendentales.

Se podían rebajar los tipos de muchas de las contribuciones, medio infalible, en los países prósperos, de aumentar su producto; medio que la práctica ha sancionado en Francia y en Inglaterra.

Se podía emprender la obra tan considerable y difícil del catastro, sin el cual no hay tributación territorial equitativa; con lo cual, en España, se logrará aliviar á muchos agricultores y propietarios medio arruinados, se hará contribuir á algunos injustamente exentos, y aligerando muchas cargas, se obtendrá mayor rendimiento total.

Se podían rectificar las cuotas de la contribución industrial, que á los ojos de todo hombre de buena fé, es reconocidamente menor en proporción que la territorial. Se podía haber concluido con las ocultaciones, que en este ramo, como en tantos otros, imperan; y, aliviando á muchos en particular y á los más necesitados de ello, haber hecho que la masa pagara más.

Esto, que es un imposible cuando se emprende en medio de la irritación producida por una tentativa poco meditada, se hubiera convertido en empresa fácil en medio de la profunda paz que la prosperidad proporciona.

Entonces, al final de este tercer período, es cuando se hubiera debido pensar en aumentar los créditos concedidos á la marina y al ejército. No es tan estúpido el contribuyente español que no comprenda la necesidad de fomentar esos dos ramos de la grandeza y seguridad de la patria; á lo que se opone es á ser sacrificado á ellos, cuando materialmente no puede ya vivir.

La esencia de los planes del Sr. Camacho no ha irritado al país quizás tanto como la marcha seguida y forma adoptada para promulgarlos.

Se presume que la larga temporada trascurrída entre la accesión de los fusionistas al poder y la convocación de las Cortes, obedece á una exigencia del ministerio de Hacienda, que *quería estudiar los presupuestos*.

Ahí se tocan las funestas consecuencias de esta publicidad incompleta y

tardía, dada en España á las materias de más vital interés.

En Inglaterra el partido llamado á heredar el poder puede desde la oposicion mantenerse al corriente de los negocios públicos en los documentos entregados á la imprenta, y puede, al mes de haber tomado las riendas del Gobierno, presentar presupuesto y cualquiera otro proyecto de ley.

Aquí el ministro entrante está á oscuras de la gestion del ministro saliente, y necesita meses interminables para enterarse.

Sea como fuera, las Córtes no se convocaron cuando se debia; y se cobraron ilegalmente durante seis meses todas las contribuciones. Aseguramos al Sr. Camacho que hubo persona á quien ocurrió la idea de organizar resistencia legítima contra semejante arbitrariedad; que si no se hizo fué por patriotismo y exceso de prudencia, por no entorpecer al Gobierno y no comprometer la existencia de las instituciones. Al ver lo que hoy pasa, dudamos si para las instituciones mismas no hubiera convenido que se siguiera el pensamiento.

A todo esto el señor ministro, encerrado en su despacho y en su silencio, trabajaba sin cesar: somos los primeros en alabar sus excelentes intenciones, su laboriosidad extraordinaria, su respetabilidad intachable, sus conocimientos poco comunes; no le negamos el mérito de la conversion oportuna de las amortizables (salvo el haber conservado en parte la amortizacion); le agradecemos el paso dado hácia la simplificacion del procedimiento administrativo.

Pero nos permitiremos decirle que el aislamiento y el silencio son funestos; que el no convocar las Córtes, para no verse obligado á darlas explicaciones, el no suministrar un dato á la prensa, constituye un error irreparable; y que todas las dotes que nos com-

placemos en reconocerle no valen *un poquito de discusion*.

Se presentaron por fin á las Córtes esos proyectos tan laboriosamente terminados; pero el tiempo apremiaba, estaba concluyendo un semestre de cobranza ilegal é iba á empezar otro.... Discusion y votacion se apresuraron en el Congreso y en el Senado hasta un punto increíble, y de la noche á la mañana,—podemos permitirnos la expresion en vista de las muchas innovaciones que contenían los presupuestos—se halló el país con que ingresos y gastos estaban votados.

¿No debían las Cámaras haberse fijado más, y á la presion gubernamental, que les pedía se precipitaran, haber contestado que se les pudiera haber convocado ántes, pero que no votaban medidas de tal trascendencia sin hacerse perfectamente cargo de su alcance?

Al principio, la sorpresa fué grande: todo el mundo quedó suspenso. Fuimos de los pocos que en aquel momento dimos la voz de alarma. Al cabo la estupefaccion ha pasado; y hoy la posicion es esta:

Se teme en toda España una mala cosecha; y al considerar que países tan ricos como Inglaterra y como Francia han pasado por una gravísima crisis sin otro motivo, al observar que los desórdenes de Irlanda reconocen esa misma causa inmediata, podremos calcular lo que aquí sucederia, si cesaran esas exportaciones de productos agrícolas que han permitido atravesar estos tres últimos años con relativa holgura, ó si para comer hubiera que importar trigo.

Ante ese fundado temor, ante la reprobacion universal que las innovaciones del Sr. Camacho han provocado, no queda al ministerio otro camino que ceder.

Tal vez se diga que una ley votada

en Córtes no puede suspenderse, y así debiera ser, sobre todo si las leyes se hicieran con la debida madurez.

Pero la *Gaceta* del 8 del corriente, página 519, dispone que la ley nueva sobre contribucion industrial se aplicará, porque la tarifa produce mas que la antigua; la página 518 ordena, al contrario, que la contribucion territorial se cobrará por las antiguas cédulas porque producen mas que las nuevas, á pesar de infringir tal resolucion una ley votada tambien en Córtes; y cuando vemos que una simple real orden mantiene ó deroga una ley, segun conviene á un señor ministro, pensamos que con mayor razon pueden las Córtes suspender ó modificar las leyes por ellas mismas hechas, segun á la Nacion convenga.

A este prodigio que citamos de arbitrariedad contradictoria, nada hay comparable en nuestros anales; jamás se habia dicho blanco y negro en el mismo número del diario oficial; y aunque no existiera otro motivo, este bastaba para obligar al Gobierno á retractarse y á ceder.

Y como consecuencia ineludible, pues no cabe rebajar los ingresos sin disminucion correspondiente en los gastos, ni cabe apelar de nuevo para saldar el déficit al empréstito en permanencia, hay que refundir por completo el presupuesto, aun á costa de una perturbacion administrativa y económica, mucho menos grave sin embargo que los resultados probables del obcecamiento y de la terquedad.

En suma, por haber trabajado con exceso, por no haber oido á nadie ni hablado con nadie, el Sr. Camacho ha desperdiciado una oportunidad de las que muy de tarde en tarde se presentan en la vida de una nacion; y si esta, de hoy para siempre, no toma virilmente en sus manos la direccion de sus asuntos financieros, exigiendo que el presupuesto actual se discuta de nuevo

y se reforme, exigiendo que en adelante las innovaciones le sean previamente sometidas, no solo no se arreglará la Hacienda, sino que corremos el riesgo de que espíritus inquietos persuadan al enfermo que necesita variar de postura cuando precisamente la tranquilidad es condicion precisa para que se cure.

El caso es gravísimo.

### BREVES OBSERVACIONES acerca del *Quijote*.

Dicen los Sres. Revilla y Lafuente Alcántara en su *Historia de la literatura española*:

«No hay pues en el fondo de la obra de Cervantes la doctrina *exotérica* ni los propósitos secretos que algunos de sus concretadores le atribuyen.

De lo expuesto hasta aquí se colige que la opinion que aceptamos acerca del sentido y de la intencion del *Quijote*, es la de los que entienden y aprecian esta obra tal como Cervantes quiso que se entendiera y apreciara, si bien no le negamos cierto alcance trascendental y filosófico, que tiene algo, ó lo explica, de ese *sentido oculto* que algunos le han atribuido, aunque de diferente modo que nosotros lo pensamos.

En efecto hay que considerar el *Quijote* bajo dos conceptos: en un sentido directo y literal y en un alcance trascendental y filosófico. Lo primero es obra intencionada del autor, está realizado de una manera consciente, y lo segundo nó, pues que de ello no tuvo conciencia Cervantes, toda vez que no entró en su propósito, como claramente lo *revela en varios pasages* del libro.»

Esta apreciacion nos parece completamente exacta.

La opinion sustentada por la mayor parte de los comentadores del *Quijote*, que en esta obra y por medio de las dos figuras principalmente constitutivas de ella, Cervantes trató de presentar los dos aspectos bajo los cuales el hombre puede desarrollar su vida: el idealista y positivista, tomando esta palabra en su sentido vulgar, para hacernos patente el cúmulo de errores en que el individuo incurre cuando ajusta su conducta á uno solo exclusivamente de dichos criterios, esa opinion, repetimos, no la creemos apoyada en buenos fundamentos. Para demostrarlo, estimamos que basta con fijarse en la naturaleza del protagonista de la novela, en las circunstancias del tiempo para que fué escrita, y en el juicio que todos formamos relativamente á los escepcionales

hechos de D. Quijote, cuando establecemos una comparacion entre ellos y los que, por lo comun y ordinario, se presentan á nuestro exámen, como constituyendo la vida general y corriente de los hombres en todas las épocas.

Por de pronto es necesario reconocer, de buen grado, que el idealismo y los idealistas, no tomando esta palabra en su acepcion científica, han tenido y tienen mucho que sufrir injustamente con la existencia de la inmortal obra de Cervantes. Dejando á un lado el influjo que pueden ejercer y de hecho ejercen las pasiones humanas mas ó menos ciegas y bastardas, en los dictámenes que se emiten acerca de todo idealismo y de todo idealista, ocurre, que como es mucho mas fácil y mas cómodo formular juicios con respecto á personas, sistemas y acontecimientos, por medio de brillantes aunque falsas generalizaciones, que no engolfarse en la interesantísima, pero molesta y trabajosa cuestion de detalles, apesar de que en ella precisamente estriva el nudo de la dificultad, ha bastado muchas veces que un hombre se separara en poco ó en mucho, pero siempre en algo, de las opiniones dominantes en su época, y sobre todo que las contrariara, para que al momento fuera calificado de Quijote y su sistema Quijotesco; es decir, de imposible realizacion, aunque andando el tiempo se haya visto que tenía mas de práctico que el de sus contradictores. Por eso vemos que muchos idealismos científicos y artísticos no solamente gozan de una existencia indudable en la esfera de las teorías, sino que influyen con influjo mas ó menos benéfico, pero seguro y positivo, en las manifestaciones de la vida real: esto prueba que responden cumplidamente á ciertas necesidades de la naturaleza humana, ó lo que es lo mismo, á ciertos intereses.

El idealismo de D. Quijote carece de tan importantes requisitos. Sus ideas y sus sentimientos eran grandes y sublimes, pero quiso llevarlos á cabo valiéndose de recursos tan fuera de lo lógico y de lo racional, que por fuerza debía ponerse en oposicion con la época en que se supone la existencia del personaje, y lo mismo hubiera sucedido en otra anterior ó posterior, porque en ninguna se han dado condiciones que hicieran posible un idealista de semejante especie. El idealismo de D. Quijote era el de un loco rematado y nada mas; así es que el fracaso subsiguiente á su desatinada empresa, no puede servir de ejemplo ni de leccion á nadie, porque fué un resultado ineludible del curso lógico y natural de las cosas: D. Quijote estaba condenado irremisiblemente á sucumbir.

Si Cervantes hubiera escrito su obra en el

sentido que generalmente se supone, para explicar las grandes amarguras y doloroso fin que los idealistas tienen á su paso por la tierra, precisamente, porque llevados de sus generosos pensamientos no saben ó no quieren acomodarse para plantearlos á las circunstancias del periodo histórico en que les toca vivir, ó bien por que tienen como ningun otro hombre una intuicion clara, exacta y precisa de la verdad á cuya propagacion se consagran, y esto les hace prescindir de las dificultades que pueden encontrar en la práctica, ó porque son menos egoistas, habría escogido para su intento cualquiera personaje histórico revestido de dichas condiciones, ó creado uno en quien concurriesen, creacion que si bien adornada de caracteres escepcionales, porque debia ser así, fuera, en medio de todo, mas real y estuviese mas en armonía con el modo de ser de sus contemporáneos, para que estos no le consideraran como debe ser considerado D. Quijote; esto es, como un loco completamente desconocedor de la verdad de las cosas: de seguro que entonces, y gracias á la maravillosa pluma de Cervantes, el retratado hubiera salido de mano maestra, sirviendo de verdadero ejemplo á las edades futuras; ya para que los idealistas por venir tuvieran mas cuenta con las preocupaciones, errores y vicios de su tiempo, ya para que los contemporáneos se persuadieran de que muchas veces la utopia de hoy es la verdad de mañana, y por lo tanto que no se debe ciegamente rechazar ni perseguir una idea nueva, tachándola de falsa é ilusoria, por el solo hecho de que pugne con las predominantes en aquel tiempo, siempre que en buena lógica pueda ser considerada como racional. Para esto hay un criterio muy seguro. No faltan nunca entre los contemporáneos algunos, y aun muchos á veces, que apesar del tumulto de las contrapuestas pasiones, reconozcan la verdad de la causa defendida por el hombre á que nos referimos, y hasta que lo justifiquen tímidamente, pero ¿quien se atrevería á defender como posible la existencia del personaje ideado por Cervantes?

Este es el motivo mas poderoso que nos impulsa á creer que el juicio formado por los dos distinguidos escritores á quienes nos hemos referido es de todo punto exacto; pero hay otros que vienen á robustecerlo.

No fué España la nacion que más se distinguió por su originalidad y fecundidad en materia de libros de Caballería: la mayor parte de ellos eran procedentes del extranjero, y si bien tomaron carta de naturaleza entre nosotros, no por esto se puede decir que las ideas y personajes en dichas obras consignados, respondieran, se refirieran tan directamente

al estado de nuestro país como al de los países donde aquellas obras fueron creadas; y bajo este punto de vista nos permitimos decir que en España era donde menos razón de ser tenía la publicación del Quijote, libro destinado á dar en tierra con aquellos otros perniciosos libros. La razón nos parece muy sencilla. El feudalismo tuvo menos de violento aquí que en el extranjero, por causas bien sabidas que no nos paramos á examinar porque nos desviarían demasiado de nuestro propósito. El ferreo yugo que tan temible sistema hizo pesar sobre las desgraciadas generaciones de los plebeyos de la Edad media, dejaba á estas casi sin esperanzas de un porvenir mejor. Su único recurso era el de encerrarse en el nada seguro refugio del hogar doméstico, pero que al fin tenía algo de refugio, y allí, reunida la familia, remontarse con la imaginación de todos los individuos de ella y en alas del arte, á regiones mucho más serenas, que poblaba con caballeros muy diferentes por sus nobles ideas, generosos sentimientos y humanitaria conducta, de los nobles caballeros que por el mundo de la realidad andaban mortificando y martirizando de mil modos á sus pobres vasallos, y á los que no eran sus vasallos; en los libros de caballería debe verse, según creemos, una protesta contra el régimen social y político entonces imperante.

Lo mismo sucedió, aun que algo más tarde, en otras esferas de la actividad humana. En oposición al misticismo religioso que durante los siglos medios había estado diciendo siempre, con profundo sentido y como manera de poner un dique poderoso á los excesos de la fuerza bruta tan comunes en aquellas épocas, que la naturaleza humana en su parte física abrigaba tendencias invencibles al mal; que era impotente para el bien y para conseguir la salvación de las almas; que se necesitaba reprimirlo y aniquilarlo levantando sobre ella, con predominio absoluto, la naturaleza moral, las aspiraciones religiosas incandescentes á otra vida mejor que esta, toda vez que en esta no era posible ninguna clase de felicidad, surgieron los grandes médicos de los siglos XV y XVI en defensa de la naturaleza física, haciendo ver su maravillosa composición, el conjunto de prodigios que lo constituyen en sus órganos y funciones de estos órganos, y que debía ser tenida como una de las obras más perfectas de Dios, como uno de los medios más adecuados para llegar á conocerlo en cuanto es posible conocer de su grandeza; que no cabía ni se debía prescindir de ella, por que ella era parte y muy importante en el cumplimiento del destino terrenal del hombre, como preparación para otra existencia más acomodada

á la bondad y justicia absolutas. A este movimiento científico siguió otro movimiento literario, que por sus ideas y por sus manifestaciones artísticas debía ser y fué más popular, y que conspiraba al mismo fin: movimiento que si bien fué iniciado en la Provenza y en Italia mucho antes de la época á que nos concretamos, no alcanzó su verdadero desarrollo é influencia hasta los expresados siglos, para seguir después con marcha incontrastable la serie de sus progresos. Este movimiento debía ser y fué de hecho más popular. El inaugurado por los grandes médicos de los siglos XV y XVI, tenía el defecto, si es justo calificarlo como tal, de revestir un carácter eminentemente científico que lo hacía poco á propósito para que sus atrevidos y fecundos trabajos llegasen á ser patrimonio de la generalidad; en cambio el movimiento literario logró, tanto por las formas de que fueron revestidos los personajes en que quiso exteriorizar y encarnar sus ideas, como por la manera de exponer estas, logró, repetimos, herir vivamente la imaginación del pueblo é imponerse á él, por que supo dar vida al recóndito pensamiento que durante muchos siglos había permanecido como latente en el fondo de las conciencias: la necesidad de conceder al elemento físico del hombre toda la parte que le corresponde en el cumplimiento del destino humano. La acción, como sucede siempre, debía ser acomodada á la reacción; así que los personajes gigantescos é inverosímiles, los cuadros groseramente materiales y profundamente inmorales que en las muchas obras de aquel tiempo advertimos, no tuvieron más objeto que servir como de protesta contra las ligaduras de lo pasado, como recurso para enaltecer, para exaltar hasta lo imposible y absurdo la naturaleza material; especie de orgía de la sensualidad; desenfundada carrera de los sentidos, que sintiéndose libres de toda compresión querían gozar sin tasa ni medida de todos los placeres del cuerpo.

Refiriendo ahora las anteriores someras indicaciones al principal asunto de este pequeño trabajo, se nos figura que en el Quijote hay algo parecido á las tendencias de que acabamos de hablar. Los libros de caballería constituían una lectura verdaderamente perniciosa. Pudieron existir en siglos anteriores, como puerto de refugio á los embates de un mundo organizado bajo sistemas de fuerza y de arbitrariedad cuyo fin pocos veían, pero la época de Cervantes estaba en pleno progreso; aparecían entonces nuevos horizontes, nuevas ideas llenas de porvenir; nociones más claras con respecto al destino del hombre y de la sociedad, á sus derechos y á sus obligaciones, y era preciso que todos los acogiesen, que

abandonando mundos imposibles, donde bajo el poder de peligrosas é infundadas ilusiones se perdía en gran parte el sentido de la realidad, saliesen á mezclarse, llenos de vigor y de hermosas y no infundadas esperanzas, en las luchas de la existencia para contribuir al mejoramiento de ella, porque al fin, si esto no se consigue mas que á fuerza de grandes dolores, mucho mejor es aplicarse á remediarlos influyendo sobre ellos con entereza que no sufrirlos, acaso mucho mayores, por limitarse á vivir en esferas puramente ideales.

Si es cierto cuanto acabamos de decir, no parece que Cervantes creó su personaje como debía crearlo. D. Quijote ha sido, es y será una figura de todo punto inverosímil racionalmente considerada. Si se hubiera propuesto Cervantes el plan que le suponen la mayor parte de sus comentadores, habria sido muy injusto, porque dados los elementos de su creacion era condenar al protagonista á una derrota segura, inevitable y cifrada en la de él á todos los idealistas; era sentar sobre un terreno conocidamente falso la tésis que se habia propuesto desenvolver Cervantes, porque su héroe quedaba inhabilitado para triunfar, y no es este el procedimiento que corresponde seguir cuando en caso de duda se trata de hacer palmaria, con buena fé, la verdad ó el error que los propósitos de un idealista pueden contener. No todos los idealismos han sido derrotados. Muchos han vencido, vencen y vencerán. Más cerca está hoy el mundo de las generosas ideas que inspiraron la conducta de D. Quijote, no de los procedimientos seguidos por él, que en la época en que se le supone nacido y mucho más que en las épocas anteriores: bajo este punto de vista debía haberla supuesto Cervantes en el povenir que no en el pasado, á ser cierto el plan que se le atribuye.

Luis Barthe.

## DON JOSÉ SÉLGAS. (1)

Sélgas, el cantor de las flores, ha fallecido.

Todos los que hemos leído sus composiciones, modelo de ternura y sentimiento, no olvidaremos nunca al que con sus versos nos proporcionó esos ratos de placer dulce y tranquilo que sólo en la contemplacion de lo bello y de lo bueno se experimentan.

Suave en la forma y delicado en el fondo, en él todo era poesía, pero poesía-verdad, de la

(1) Del excelente periódico «La España científica», que dirige el notable escritor y distinguido catedrático Sr. Torres Muñoz de Luna.

que brota espontánea del corazón, no de la que crece trabajosamente en el cerebro.

Nunca se inspiró en las grandes pasiones que conmueven á los seres humanos, ni en los problemas que agitan á la sociedad; gustaban más á su musa los afectos puros y sencillos, que su brillante imaginacion sabía encontrar, ya en la flor que abre amorosa sus pétalos á la luz del día, en el arroyo que á sus piés murmura, ó en el céfiro que la besa.

Así es que, de esta manera, dando alma y vida á las flores, creóse un mundo expresion de sus ideas, en el que olvidaba las amarguras que en la vida real le hacía pasar su estrechez, en que todo le faltaba, hasta la esperanza, como lo expresa un magnífico terceto en el que, con bellísima forma y verdad grandísima, exclama de esta manera:

Y la esperanza, en fin... ¿Qué es la esperanza  
Más que ia dolorosa resistencia  
Que hacemos al pesar qu nos alcanza?

Este hermoso pensamiento es el retrato fiel de la primera época de su vida.

Luchando con la miseria, mientras que muchas nulidades se abrían paso á fuerza de audacia, Sélgas, con su talento y su modestia, era, según la bella expresion de Cañete *una olorosa violeta nacida en pradales de amapolas y jaramagos*.

Pero el día en que su mérito fuera reconocido tenía que llegar, y así sucedió.

El conde de San Luis fué el que, tendiéndole una mano protectora, le dió á conocer al mundo de las letras: desde entónces, su vida laboriosa es de todos admirada, por cuya causa no nos extendemos en detalles que los periódicos diarios ya han dado á conocer. Nuestro único objeto ha sido rendir un tributo de admiracion y un cariñoso recuerdo al escritor cuya muerte hoy llora la Literatura española, publicando algunas de sus poesías, cosa que no dudamos agradecerán nuestros lectores.

### LA MODESTIA.

Por las flores proclamado  
Rey de una hermosa pradera,  
Un clavel afortunado  
Dió principio á su reinado  
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana  
Llevaba y con noble brío  
El regio manto de grana,  
Y sobre la frente ufana  
La corona de rocío.

Su comitiva de honor  
Mandaba, por ser costumbre,  
El céfiro volador,

Y había en su servidumbre  
Serbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,  
Porque también era uso,  
Quiso una flor para esposa,  
Y régicamente dispuso  
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,  
Y porque causa delicia  
En la numerosa grey,  
Pronto corrió la noticia  
Por los estados del rey;

Y en revuelta actividad,  
Cada flor abre el arcano  
De su fecunda beldad,  
Por prender la voluntad  
Del hermoso soberano.

Y hasta las ménos apuestas  
Engalanarse se vían  
Con harta envidia, dispuestas  
A ver las solemnes fiestas  
Que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla;  
El rey admirado duda,  
Cuando ocultarse sencilla  
Vió una tierna florecilla  
Entre la yerba menuda.

Y por si el regio esplendor  
De su corona la inquieta,  
Pregúntale con amor:  
—¿Cómo te llamas?—Violeta,—  
Dijo, temblando, la flor.

—¿Y te ocultas cuidadosa,  
Y no luces tus colores,  
Violeta dulce y medrosa,  
Hoy que entre todas las flores,  
Va el rey á elegir esposa?—

Siempre temblando la flor,  
Aunque llena de placer,  
Suspiró y dijo:—Señor,  
Yo no puedo merecer  
Tan distinguido favor.—

El rey, suspenso, la mira,  
Y se inclina dulcemente;  
Tanta modestia le admira;  
Su blanda esencia respira,  
Y dice, alzando la frente:

—Me depara mi ventura  
Esposa noble y apuesta:

Sepa, si alguno murmura,  
Que la mejor hermosura  
Es la hermosa modesta.—

Dijo, y el aura afanosa  
Publicó en forma de ley,  
Con voz dulce y melodiosa,  
Que la violeta es la esposa  
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas  
Ambos esposos se dieron  
Pruebas de amor manifiestas,  
Y en aquel reinado fueron  
Todas las flores modestas.

#### EL GALAN DE NOCHE.

Era un galan bello, y era  
Su dulce madre una fuente:  
Suspirando tristemente,  
Hablaban de esta manera:

—¿Estás triste?  
—¡Oh madre mia!

—¡Suspiras tanto!  
—¡Ay de mí!

—¿Quién te da penas?  
—El día.

—¿Te gusta la noche?  
—Sí.

—¿Pasas el día...  
—Llorando.

—¿De tristeza?  
—De dolor.

—¿Pasas la noche...  
—Velando.

—Hijo, ¿qué tienes?  
—Amor.

—¿Sin consuelo?  
—Sin consuelo.

—¿Y sin esperanza?  
—Alguna.

—¿Adónde miras?  
—Al cielo.

—¿Quién es tu vida?  
—La Luna.

—Cuando la ves ¿te da pena?  
—Lleno de placer suspiro.

—¿Te mira dulce y serena?  
—Me mira mucho y la miro.

—¿Quién calma, si se detiene,  
Tu amoroso devaneo?

—La ven mis ojos si viene;  
Si no, la ve mi deseo.

—Ese amor es desvarío,  
Y nadie amó de esa suerte:  
Porque ese amor, hijo mio,  
Lleva en sus ansias la muerte.

—¡La muerte! dulce alegría,  
Única esperanza bella;  
En muriendo, madre mía,  
Subiré á vivir con ella.

Inquieta gimió la fuente;  
Bendiciendo su fortuna,  
Levantó el galán la frente,  
Y apareció por Oriente,  
Melancólica, la Luna.

### EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbria,  
Dejando el prado y la floresta amena,  
La tarde melancólica y serena  
Su misterioso manto recogía,

Un macilento sauce se mecía  
Por dar alivio á su constante pena;  
Y en voz suave y de suspiros llena  
Al son del viento murmurar se oía:

—«¡Triste nací!... Mas en el mundo moran  
Séres felices, que el penoso duelo  
Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran!»

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.  
—«Dichosos ¡ay! los que en la tierra lloran,»  
Le contestó un ciprés, mirando al cielo.

### MI HUÉRFANO.

#### Drama de un bosquecillo.

Una de las mañanas primaverales, cuando el crepúsculo acariciando en pos de sí la radiante aurora, despierta y hacereir las flores de los prados, un grupo de personas de ambos sexos discurría placentero por entre las sinuosas calles de Olba en dirección á sus afueras.

Lamiendo á veces las moradas de sus habitantes serpentea el Mijares por su cuenca, ya mostrándose, ya escondiéndose, cual argenta-da boa que serpea por malezas. Sus riberas son verdes como la esmeralda y llevan incrustadas en su seno nítidas margaritas que parecen botones de plata; modestas violetas mimadas por el céfiro lo besan dejando en sus labios perfumado aliento; los acentos del ruiseñor, que se columpia entre flor y flor, se exparcan melódiosos como escapados de la lira de Orfeo y los zumbidos de insectos que liban néctar del caliz de las rosas, con los quejumbrosos suspiros de una tórtola que ha perdido su cara mitad, riman trinos á cuya cadencia el expectador cae en un éxtasis y arrobamiento celestiales.

Por uno de estos hermosos parajes, en que el hombre al contemplarle se eleva envuelto en su cerúleo pensamiento hasta los celestes umbrales, me dirigia en una de esas hermosas mañanas en compañía de mis amigos Pedro, Agustín, Simón y José. Las dos esposas de los primeros y la novia del segundo iban también en nuestra compañía, con otros individuos de las familias.

Por la margen derecha del río y en dirección contraria á la corriente, nos alejábamos de la villa, caminando por una pradera que la aurora habia sembrado de flores y perlas de rocío. Las suaves auras, frenéticas con el etéreo aroma que robaran del receptáculo de las flores acariciaban nuestros rostros y jugaban coquetonas con los rizos del pelo de nuestras compañeras. Todo en aquellos instantes era embeleso; todo satisfacción; todo alegría: nosotros ensimismados con la naturaleza, la naturaleza embelesada con nosotros; por momentos parecióme que tanta maravilla de la creación no era para el hombre, ó que el hombre, de gusano del estiercol, ó de infusorio perdido en una lágrima, se habia metamorfoseado en un rey de la naturaleza, ó en un Dios que se duerme en la inmensidad del océano. ¡Gran Dios, exclamé, tanta grandeza para el hombre y el hombre tanta pequeñez para vos...!

Divagábamos por doquier en busca de un sitio que nos ofreciera solaz reereo. Se pretendía una plazoleta sin árboles, pero sombreada, donde se pudiera jugar, correr y ballar; es decir, gozar de las expansiones que se permiten en un día de campo.

Ya habian dado con lo apetecido Pedro y su linda mitad cuando gritaron simultáneamente: aquí... iii, aquí... ii, hay un sitio.

Todos convergimos hacia el punto donde salian las voces y unánimes acordamos fijar allí nuestros reales; pero habiéndose dirigido la señora Pepita á Simón indicándole lo funesto del lugar para los enamorados, protestaron ambos de nuestra resolución, indicando la conveniencia de alejarnos del siniestro punto. Yo, ciertamente pareciéndome el sitio muy idóneo para el objeto, objetaba con tenacidad la nueva peregrinación. La mayoría de los circunstantes aplaudia mi resolución; pero nuestros contrincantes hablaban de un crimen y de amores y de qué se yo qué más que nos infundió pavor y nos hizo coger los bártulos para proseguir más adelante. La curiosidad excitó en nosotros el deseo de ver aclarado aquel enigma, y de consuno rogamos á Doña Pepita hiciese una relación de lo que sucedía ó habia sucedido en aquel lugar. Accedió inmediatamente á nuestros deseos y con la grandilocuencia que la caracteriza comenzó su narración,

al mismo tiempo que nos separábamos de aquel sito, en estos ó parecidos términos:

—¿Habrán observado ustedes la cruz de piedra que sobre un pedestal de la misma masa tiene su asiento y yace como oculta por una retama, especialmente si el observador se coloca en la plazoleta en que hemos descansado?

—Si, señora, contestamos varios á un tiempo, la hemos visto diferentes veces.

—Pues bien; en sus brazos hay un epitafio que dice: «*A la memoria de Rosita Vazquez. R. I. P.*» Y añadió; Dios que haya amparado su alma.

—Y á nosotros cuando allí vayamos; repuso la albeitaresa; es decir, la mujer del veterinario, por si alguien no entiende el arcaísmo.

—Voy á referiros lo que la tradicion ha perpetuado hasta nosotros, relativo á aquella cruz fúnebre que se alza en aquel sitio.

Por los años de 1735 vivia en esta villa un propietario bien acaudalado que habia sido boticario en su juventud. D. Ramon se llamaba...

—Y se hizo rico con la farmacia Doña Pepita?

—Qué dice usted señor boticario?—me interrogó á mi que no soy mas que un pobre *pucherólogo*, como ha dado en llamarnos la sátira moderna.

—Digo, contesté, que si se hizo rico con lo que le producía la botica? (La señora Pepa era discreta, pero no sabia esta moderna sinonimia y le tuve que hablar por lo antiguo.)

—Es probable; porque en los tiempos de mi niñez aun he visto surtirse cinco ó seis pueblos circunvecinos de una boticaria que aquí habia con unos botes que parecian arcabuces. Y á propósito; á mi abuelo que le dieron una medicina que murió de repente, sería por causa de...

—Al grano, al grano, señora Pepa, que se extravió; repuso Pedro con marcada vivacidad.

—Bien; vamos allá. D. Ramon se llamaba ese boticario que poseía una bonita fortuna, y tenía una hermosa hija que era el ídolo de algunos jóvenes de estos contornos.

El padre era algun tanto codicioso, como lo somos regularmente en la decrepitud, y aun cuando no habia pensado seriamente en el casamiento de su hija, de buen talante lo hiciera si el pretendiente fuera rico, aunque algo estúpido.

La hija más infectada con las teorías modernas, preferia uno que fuera de su agrado, es decir, de discrecion y talento aunque de mediana posicion. De manera, que las cualidades principales que buscaba el padre en el hijo político, eran accesorias para la hija y viceversa.

Se encontraba á la sazón cursando el primer

año de leyes un hijo de un antiguo cirujano que ejercia su profesion en esta villa, y como el escolar viniera en las vacaciones á pasar algunos meses en compañía de sus padres visitaba frecuentemente la casa de D. Ramon produciendo en Rosita—este era el nombre de su hija—una impresion amorosa hija de su carácter bondadoso y de su delicada educacion.

Don Ramon vió en un principio con indiferencia la simpatía de los jóvenes; pero cuando este degeneró en intensísimo amor quiso el padre detener á su hija en el progreso de la pasion y le fué completamente imposible.

Durante la ausencia de Juanito, que así se llamaba el amante, D. Ramon se convierte en su crítico más mordaz, urdiendo tramases que se mancillaba hasta el honor de Juan, creyendo arrancarlo del corazon de su hija con sus ardides malignos. Mas era tarde; Juan, la imagen de Juan se hallaba de tal modo estereotipada en las fibras sensibles del corazon de Rosita, que no habia fuerza moral para expulsar de su mente el recuerdo de su amado.

Después de tres años de perpetua lucha en que el padre de Rosita proponia á esta otros enlaces mas ventajosos, en opulencia se entiendo; cuando ya el verdadero amor habia derrotado al falso; precisamente el dia anterior al en que con anuencia de las dos familias se habia de verificar su enlace, los dos jóvenes se dirigian por esta ladera en compañía de sus padres. En la plazoleta en que hemos descansado, disfrutaron ciertos momentos de la amenidad del sitio, hasta que decididos á regresar á la villa Rosita quiso regalar á Juan un ramito de violetas. En efecto, Rosita se escondió entre los laberintos próximos en busca de la modesta flor, y cuando ya se disponia á coger la última que habia de formar su ofrenda amorosa, un avecilla de mal agüero se paró en la retama que habeis visto inmediata á la cruz. Juan no creyendo pudiera existir alguien en aquel lugar dispara su escopeta en direccion al ave; algunas plumas vuelan en el aire al mismo tiempo que un ¡ay! humano y desgarrador llenó de consternacion á ambas familias. Acudieron todos al lugar del siniestro, y presos de una dolorosa impresion quedaron todos como estatuas petreas inmóviles delante de un espectáculo tan desconsolador. Rosita yacia en la pradera tendida en su alfombra, exánime, sin vida y con el ramito de violetas junto á ella. Los formidables proyectiles que habia lanzado de su maldita escopeta habian mutilado horriblemente el cráneo de la que al siguiente dia habia de llamarse su esposa.

Entre sollozos y lamentos, entre lágrimas del alma y del corazon consiguieron llevar á

Rosita á un caserío próximo que en estos huertos tenia su padre.

A los tres dias despues del infausto suceso, Rosita entregaba su alma á Dios llevando consigo la de su amado Juan.

Las últimas palabras que pronunció despues de su lesion fueron dirigiéndose á Juan: ino... cen... te... yo... te... a... mo... y pretándole suavemente la mano, conforme se lo permitian sus fuerzas, entregó su espíritu.

(Se continuará.)

Joaquin Martin.

## DEL MODO DE ANDAR.

### ARTÍCULO PEDESTRE.

En esta jaula extraña que llamamos mundo, todo se mueve, todo se agita, desde lo más impalpable á lo más tangible; el pensamiento en el cerebro, la hoja en el árbol. Todos sostienen la ley del continuo movimiento, la uniformidad de reglas que los conducen y la armonía de los medios con el fin; y, sin embargo, cada uno opina de distinto modo, en cuanto á la celeridad y lentitud de ese movimiento.

Hay quien dice: la humanidad camina á saltos; mientras que otro, despues de pensarlos mucho, contesta: Nó, señor; el paso de la humanidad es lento y perezoso. Un tercero, más activo y ménos ágil, busca la avenencia entre estos dos absolutos, creyendo que la humanidad marcha á pasos *agigantados*. Tal otro jura y perjura que no nos movemos, imitando en esto al viajero que dentro de un wagon se figura que lo que anda son los postes telegráficos, los árboles y las casas. Y aún hay quien asiente que vamos hácia atras.

Todos tienen razon; todos... y ninguno. Me explicaré. La humanidad es el hombre, y hay hombres tardos, perezosos, zancudos y cojos.

Ha habido épocas en que el hombre, no pudiendo sostenerse en sólo los piés, ha pedido auxilio á las manos, que generosamente le han concedido, y ha sido cuadrúpedo.

Más tarde, anduvo en dos piés, y con ellos hizo prodigios; conquistó, comerció, llegó siempre á tiempo, anduvo tanto que se cansó. Ahora anda de cabeza... No os riais, lo digo con toda seriedad, es cuando ha andado mejor.

Este es el paso de la humanidad, no los pasos del hombre en particular.

El hombre anda de mil maneras; unas veces gimnasta consumado, otras veces gotoso y paralítico. El pobre en un pié, como las gru-

llas: el rico no anda, siempre va en coche, y crece y se reproduce como una planta de estufa; el adulador, como el lagarto; el virtuoso y digno, renqueando; el ambicioso, dando saltos mortales; el enamorado, como un tren expreso; el egoista, parándose á cada minuto el desinteresado, el generoso, el mártir, siempre á buen paso; la mujer bailando, el niño, corriendo; el viejo, despacio.

Algunas veces, el hombre se ha olvidado de sus piés, y se ha caído, [como Napoleon; otras creyó tener alas, y voló con Platon á las regiones celestes; otras dió un paso en falso como César, y resbaló, para no levantarse ya, en las relucientes losas del Senado; otras, enfermo, convaleciente, se torció un pié: Robespierre. Otras, ciego y desvalido, caminó por senda escabrosa, llevando por báculo á Elena, por guia á Héctor, y llegó al Olimpo: Homero.

Los sastres y los zapateros han influido notablemente en la marcha de la humanidad; y aunque esto sea asunto, tal vez, de otro trabajo, no puedo ménos de recordaros la ligereza de los primeros cristianos, que con un tosco sayo sujeto con un cinturon de cuero, y con unas sandalias mal pergeñadas, predicaron el Evangelio por todo el mundo, viniendo Santiago á España, yendo San Pablo á Roma, lo cual contrasta con el éxito desgraciado de casi todas las Cruzadas, que, sin embargo de animar la misma fé á aquellos caballeros forrados de hierro, con pesados cascos, tuvieron que detenerse repetidas veces ante los muros de Jerusalem.

¿Cómo habian de andar, ni mucho ménos correr, en esa época estacionaria, si las vestiduras recamadas de oro, que cubrian el acero, les embarazaban los piés con el peso de los bordados, y el manto de los reyes era largo y pesado, y á más con pieles que agoviaban?

Por eso los moros, de marlotas ligeras y de bonetillos de paño, fueron los heraldos de la civilizacion de aquella época.

Pasaron tales tiempos. El calzado de los modernos es, sin embargo, mucho mejor y más cómodo: las ruedas de la locomotora, y, si esto es poco, tambien volamos. El telégrafo, hé aquí las alas del espíritu moderno.

Paso, paso al andarín infatigable, al siglo del velocípedo, cuyas ruedas, símbolo de la *ligereza* de la época presente, representan: la una la libertad; la otra, la justicia.

T. Senderos.